

"Lector". La censura en América Latina sube a escena

Ariel Dorfman

La pieza teatral "Lector", en dos actos, será entrenada en Santiago de Chile en fecha posterior a esta publicación en NUEVA SOCIEDAD, en el curso de 1989.

Personajes

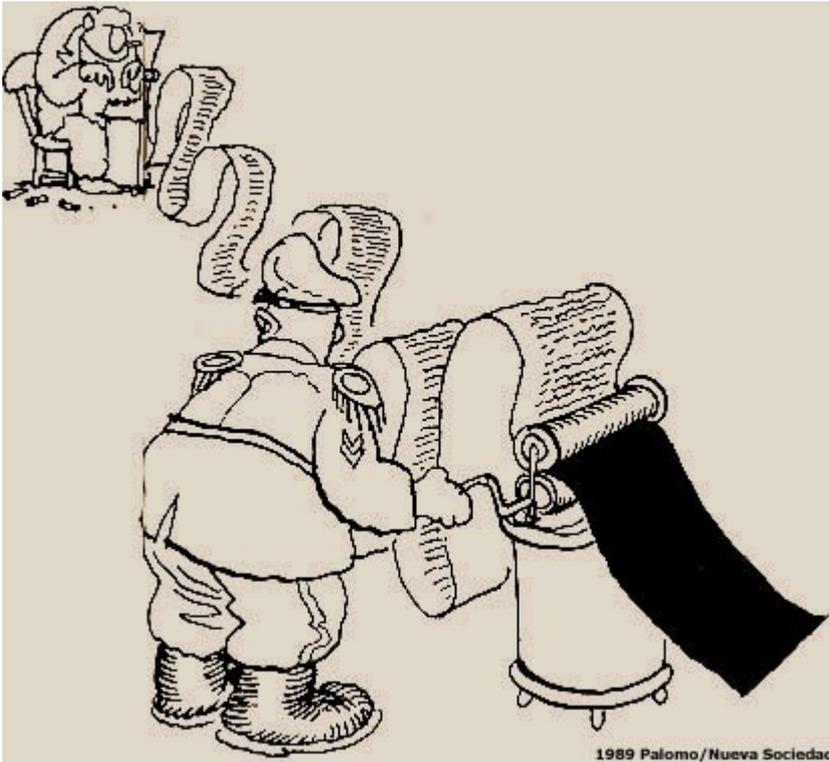
DON ALFONSO (JOSE CORDOVA)

ENRIQUE (ERNESTO, ALVARO)

IRENE (JACQUELINE, SONIA)

DIRECTOR DE CENSURA

HOMBRE



PRIMER ACTO

Al fondo del escenario, la sombra de dos hombres en una neblina. Las luces sobre ellos van bajando, aunque no del todo, a medida que suben sobre la oficina de DON ALFONSO y su antesala. Un escritorio repleto de libros y papeles, muy ordenados, dos sillas, una biblioteca llena de libros, un colgador del que está colgado un paraguas. Un teléfono sobre el escritorio. Al otro lado del escenario, casi invisible, otro colgador idéntico, del que está colgado un bastón. En la antesala, con luces más bajas, IRENE, secretaria de unos 40 años, ordenando fichas. DON ALFONSO sentado, regido, leyendo un manuscrito. Un hombre de unos 50 años, pelo canoso, grandes cejas, de cuello y corbata. Se rasca la derecha de la cabeza con la mano izquierda. Suena el teléfono de la antesala, IRENE lo contesta.

DON ALFONSO: *(Leyendo)* "Cuando José Córdova, por primera vez en quince años, se miró en el espejo, se sorprendió al ver cuánto había envejecido. ¿Podía ser él ese hombre canoso, de grandes cejas, de mirada meticulosa?" *(Se prende la luz de su teléfono)* ¿Sí?

IRENE: ¿Don Alfonso?

DON ALFONSO: ¿Quién otro iba a ser, señorita Irene? ¿Don Juan Tenorio?

IRENE: Don Alfonso, lo llama Bergante. Quiere saber si ya leyó la novela que le mandó la semana pasada.

DON ALFONSO: Debe ser telepático. La estoy leyendo en este mismo instante. Que me llame más tarde.

(Cuelga el receptor y se para. Mientras se pasea, cojeando levemente, sigue leyendo)

"José Córdova se alejó de ese espejo, como lo había hecho de todos los espejos de su vida, pisando muy firme con un pie y arrastrando ligeramente el otro, ayudado por su bastón. A él no le importaba haber quedado cojo en ese accidente automovilístico a los 35: era un modo de grabar en sus mismos huesos y músculos el recuerdo de esa esquina de su desgracia, donde había visto desangrarse a la única mujer que había amado."

(Pausa. DON ALFONSO se detiene. Se rasca la derecha de la cabeza con la mano izquierda. A la antesala entra ENRIQUE, joven de unos 20 años, con anteojos. IRENE

aprieta un botón de su teléfono, se prende una luz en el aparato de DON ALFONSO, que no hace caso y vuelve a leer)

"El único que había salido ileso de ese accidente era Ernesto, el hijo de José Córdova - el mismo hijo que ahora lo acosaba con su indiscreción. - La vida es broma - dijo Ernesto -, pero hay cosas que son sumamente serias, viejo. Y necesitamos una respuesta."

(Al ver IRENE que DON ALFONSO no contesta, marca un número y suena el teléfono de DON ALFONSO)

"Cuarto Capítulo. Los dos hombres entraron a esa pieza como si quisieran adueñarse de ella para siempre. ¿Así que a ti te parece - dijo uno de ellos -, que es hora de ir a buscarlo? La respuesta del otro tardó en llegar, como si estuviera transmitiéndose por telégrafo. - ¿Por qué no? - preguntó."

(DON ALFONSO contesta el teléfono. Desaparecen las sombras): ¿Sí?

IRENE: Enrique.

DON ALFONSO: *(demora porque sigue leyendo):* ¿Enrique?

IRENE: Llegó su hijo, Enrique.

DON ALFONSO: Ah, Enrique. Que pase, que pase. ¿No le he citado a Goethe, señorita: a un hijo nunca hay que dejarlo esperando?

(IRENE le abre la puerta a ENRIQUE, que entra a la oficina. DON ALFONSO sigue leyendo)

¿Así que me querías ver, hijo?

ENRIQUE: Nada que ver, viejo, la señorita Irene me citó. Antes de las 5, dijo. Urgente, dijo.

DON ALFONSO *(sigue leyendo):* ¿Dijo eso? ¿Urgente, dijo?

ENRIQUE: ¿Es muy porno?

DON ALFONSO: ¿Porno?

ENRIQUE: Pornográfica, viejo. La novela. Te la estás devorando.

DON ALFONSO: No es por ofensas a las buenas costumbres que vamos a prohibirla. Tiene otras extralimitaciones.

ENRIQUE: Otra más por el wáter. *(Pausa)* ¿Pero tendrá alguna buena escena escabrosa?

DON ALFONSO: Ni una.

ENRIQUE: Qué mala pata.

DON ALFONSO *(sigue leyendo)*: ¿Mala pata?

ENRIQUE: ¿Sabes cuántas personas - hordas, viejo - se pasean por ahí esperando la oportunidad para sumergirse en la perversión que ustedes se empecinan en suprimir de los libros hace tantos años? Si yo pudiese hacerme una feroz antología de las escenas más degeneradas, me hago rico. Nos hacemos ricos.

DON ALFONSO: El reglamento es estricto: aquello que se suprime de un texto es materia reservada.

ENRIQUE: Vamos, viejo. Regálame unas escenas bien depravadas, con látigos y sadomasoquismo y vírgenes que aúllan. *(Pausa)* Es una broma, viejo, Una broma.

DON ALFONSO: Toda broma encierra, según Bergson, alguna verdad. Si alguien llegara a escucharte, podría formarse una idea equivocada. *(Vuelve a leer)*

ENRIQUE: Nos dividimos las ganancias. Y yo por fin puedo botar estas porquerías. *(Se saca los anteojos)* Ojos, viejo, de color ¡violeta!

DON ALFONSO *(levanta la vista alarmado)*: ¿Ojos de color violeta?

ENRIQUE: ¿Cómo me vería? Con guitarra, arriba del escenario, o mejor todavía, el Dr. Enrique Morales, blandiendo su bisturí con... mis ojos de color violeta. Es el último alarido, viejo, en lentes de contacto: alveolados, violetas y...

DON ALFONSO: ¡Viciosos!

ENRIQUE: ¡Eso! ¡Eso! ¡Viciosos!

DON ALFONSO: Si has venido a violar mi privacidad con demandas de ojos de color violeta, deberías haber anticipado mi respuesta: cuando mejoren tus notas.

ENRIQUE: Pero si el que me mandó llamar eres tú. Debe ser esta novelita la que tiene tan absorto que... admítelo, viejo, son calenturientas las escenas... admítelo, ¿qué otra razón para seguir leyendo una novela que ya decidiste prohibir?

DON ALFONSO: No me vengas a decir cómo tengo que hacer mi trabajo. ¿Entendiste? ¿Entendiste?

ENRIQUE: Tran-cui-lo, viejo. ¿Qué te parece si vuelvo a eso de las 5, eh? Eso te da tiempo para terminar este santo ¿libro? Ah: y que no se me olvide el lema del momento: Conciudadanos, todavía nos queda risa.

DON ALFONSO: No todo es para la risa, Enrique.

ENRIQUE: Tienes razón. La vida es broma, viejo, pero hay cosas que son sumamente serias. Como unos *blue-jeans* Wranglers a los que les tengo echado el ojo. (ENRIQUE sale de la oficina y de la antesala. DON ALFONSO lee brevemente el manuscrito, aprieta el botón de su teléfono)

DON ALFONSO: Señorita Irene. ¿Exactamente para qué cité a mi hijo?

IRENE: Exactamente por la adhesión, Don Alfonso.

DON ALFONSO: ¿La adhesión?

IRENE: ¿No se habrá olvidado que el lunes es el onomástico de la Primera Dama de la República, no? ¿Y que todas las adhesiones tienen que estar entregadas a más tardar mañana viernes? Oiga, ¿no me diga que no la consiguió?

DON ALFONSO: El niño va a volver a eso de las 5. Ahí se la consigo en el acto, señorita. Una cosa más. ¿A usted no le parece extraño que el Señor Director insista tanto acerca de esta Tarjeta Gigante de Cumpleaños? Le quiero decir, ¿qué se obsesione por inspeccionar personalmente cada firma?

IRENE: Quiere ganarse la Medalla. Usted sabe, la Medalla a la Primera Lealtad de la República. Otorgada por la Primera Dama.

DON ALFONSO: No, Irene, debe ser otra cosa. Tiene que haber algo más. (Pausa) Pero debe estar por pasar en cualquier momento.

IRENE: Le decimos que usted tenía tanto trabajo que...

DON ALFONSO: A no perder el tiempo entonces, señorita. (IRENE entra, cerrando la puerta. DON ALFONSO se para, pisando con un pie, arrastrando el otro, y le pone la silla a IRENE)

IRENE: Alfonso, eres el último caballero que queda en el mundo.

DON ALFONSO (va hasta la puerta y la abre): Señorita, nosotros hemos suscrito un pacto. Le ruego que no olvide que nos hallamos en un lugar público.

IRENE (va hasta la puerta): Lo público se vuelve de una patada (ella cierra la puerta con el pie) sumamente privado, Alfonsito. (IRENE se le cuelga del cuello, él la aparta bruscamente, vuelve a abrir la puerta)

DON ALFONSO: Usted sabe, señorita, que hay muchos funcionarios que me andan buscando el talón de Aquiles. En cualquier momento uno de esos tipos maleducados abre la puerta sin golpear y me encuentra comprometido en una situación por decir lo menos... Bueno, como no me pueden desprestigiar por errores en mi desempeño... El desempeño. En efecto. A trabajar, se ha dicho.

IRENE: ¿Y esta noche? ¿Es jueves, no?

DON ALFONSO: Es jueves, pero no me parece, señorita Irene, que sea de noche todavía. Faltan (mira su reloj de pulsera) exactamente tres horas y cuarentiséis minutos.

IRENE: Ud. se sabe hasta la hora, cuando se pone el sol, Don Alfonso. Por suerte no es lo único que sabe...

DON ALFONSO (brusco): Estamos atrasados, señorita.

IRENE (abre un archivador): "Secretos Culinarios del Convento" de Sor Carolina.

DON ALFONSO: En estas recetas no hay ni malicia teológica ni de la otra. Autorizadas esas salsas monacales, señorita. ¿El próximo?

IRENE: "Las Ruinas de Ur-Buj-Ka", por el eminente arqueólogo don Félix Cabogrande. Con profusas fotos de su señora esposa, doña Hermenegilda de Cabogrande.

DON ALFONSO (*consultando sus notas*): Un par de alusiones a la forma en que el gobierno antiguo de Ur-Buj-Ka se fue debilitando debido a un exceso de autoritarismo, pero son alusiones herméticas. Y es un libro caro. Nadie lo va a adquirir. Mostrémonos libérrimos.

IRENE: ¿Libérrimos?

DON ALFONSO: Autorizado, autorizado. Que circule esta misma tarde.

IRENE: "Carneando", poemario de Lircay Torres.

DON ALFONSO: Este Lircay se cree muy vivo. Como si no supiéramos a lo que se refiere, con tantos animales degollados, tanta estrangulación del sol, tanto pájaro sin empleo. Autorizado con modificaciones. Que reemplacen la palabra león por la palabra oveja cada vez que aparece y la palabra sangre por la palabra perfume y la palabra niño por la palabra escopeta. Eso confundirá al más astuto lector. Y al editor, cuando vea la cuenta de la imprenta, el linotipista, bueno, le va a dar un infarto.

IRENE: "Viudas", de Ariel Dorfman.

DON ALFONSO: Y dale con los desaparecidos. ¿Cinco mil ejemplares? Pues, que se pudran, que se pudran por los tiempos de los tiempos en las bodegas de nuestro Ministerio.

IRENE: ¿Prohibido, entonces?

DON ALFONSO: Claro que prohibido. Si dejo pasar a estas viuditas, mis colegas me crucifican.

IRENE: "Mañana Serás Tú" de Alvaro Parada. El manuscrito que Bergante... (*Pausa. DON ALFONSO se rasca la cabeza*) El que le mandó para que usted lo leyera antes

de que él gastara en imprimirlo. ¿Don Alfonso? (*Pausa, mientras DON ALFONSO va hasta la puerta y la cierra*) Alfonso, ¿te pasa algo?

DON ALFONSO: No, Irenita, no me pasa nada.

IRENE: ¿No entiendo? ¿Lo vas a autorizar?

DON ALFONSO: Hasta un aprendiz de censor se daría cuenta de que ese libro, pese a transcurrir supuestamente en el año ocho mil y tantos, es un desafío a los fundamentos del régimen.

IRENE: ¿Prohibido, entonces?

DON ALFONSO: Hay una tiranía empedernida en el poder, hay un pueblo empobrecido que sueña con liquidarla, falta un empujoncito en algún punto neurálgico para que la oposición triunfe.

IRENE ¿Prohibido, entonces?

DON ALFONSO: ¿Quieres dejar de interrumpirme con tus cacareos? Mira. Por ahí, aparece un funcionario algo, bueno, descrito como algo monocorde, que ocupa un puesto insignificante en los Archivos del Estado. En esos Archivos hay una foto que establece que uno de los más altos funcionarios del gobierno es, de hecho, un miembro de la resistencia. La policía secreta sabe de la existencia de esa foto, y si la descubre, morirá ese disidente y también las posibilidades de una inminente rebelión. Y resulta que el hijo de ese archivista, el hijo...

IRENE: El hijo...

DON ALFONSO (*baja la voz*): El hijo trabaja con la resistencia y ha contactado a su padre y le ha pedido que destruya esa foto, en realidad, que la quemé. Y el joven está él mismo en peligro. Pero yo...

IRENE Tú...

DON ALFONSO: Ese personaje - José Córdova -, además de su trabajo, para poder costearle sus estudios de abogado a ese hijo, que sobrevivió a un accidente automovilístico, el hombre trabaja un taxi por las noches. Y aborrece ese trabajo y le duele la espalda y se está arruinando los ojos y lo sigue haciendo, lo sigue

haciendo porque se siente culpable frente al... Por Dios, Irene, ¿no te recuerda a alguien?

IRENE: ¿Alguien?

DON ALFONSO: Toma, toma el manuscrito. Toma, lee.

IRENE: "Tenía una amante posesiva y majadera con cuyos pechos abundantes pasaba el tedio pero a la que en realidad no quería demasiado". Pero ¿cómo ese hombre vas a ser tú? ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? Lo de los pechos, pase, y a mucha honra, pero posesiva y majadera... y eso de no amarme.

DON ALFONSO: Quererla, quererla.

IRENE: Siempre corrigiendo, corrigiendo. Quererla, amarla, lo que importa es que no tiene nada que ver con nosotros.

DON ALFONSO (*molesto*): No, no. Ese trozo no. Ese es un trozo que marqué precisamente porque no se parece para nada a mí, a lo nuestro. Lee, mujer, lee esto.

IRENE: "Entonces José Córdova automáticamente se rascó la oreja derecha. Y se la rascó, como siempre, con la mano izquierda". (*Pausa*) ¿No podría ser una coincidencia?

DON ALFONSO: Es un complot. Alguien me quiere destruir, Irene, con esta novela.

IRENE: ¿Y está bien escrita por lo menos?

DON ALFONSO: Este Alvaro Parada... es... una maravilla.

IRENE: ¿Autorizada, entonces?

DON ALFONSO: ¿Pero no entiendes nada, mujer? ¿No te entra ni un tercio de idea en la cabeza? Yo no autorizo ni suprimo nada hasta averiguar quién me metió en este libro, quién le contó a este autor mi vida secreta, mis gestos, mis... mis pensamientos.

IRENE: ¿Así que no la ponemos en reserva?

DON ALFONSO: No.

IRENE: ¿Ni en consulta voluntaria?

DON ALFONSO: No.

IRENE: ¿Ni postergación transitoria?

DON ALFONSO: No.

IRENE: ¿Ni autorizada con tachaduras? ¿Ni denegada condicionalmente?

DON ALFONSO: No, no, no. Nada de nada.

(Entra bruscamente, sin golpear, el Director de Censura)

DIRECTOR: ¿Qué es lo que escuché? ¿Qué música es esta para mis oídos? Negativas. Prohibiciones. Interdicciones. No, No, no. Nada de nada. Muy bien, Don Alfonso, muy bien me parece. Pero los encuentro en pleno proceso creativo... Si quieren, vuelvo más...

DON ALFONSO: Faltaba más, Señor Director. *(Pausa)* Así que este último libro, señorita, lo seguimos viendo más rato.

(IRENE intenta salir, el DIRECTOR se lo impide sutilmente)

DIRECTOR: Me perdonará que no haya golpeado, pero en el caso suyo, que no tiene nada que esconder...

DON ALFONSO: Mi puerta, Sr. Director, está siempre abierta.

DIRECTOR: ¿Abierta? Yo la vi cerrada.

DON ALFONSO: Es una metáfora. Está abierta para usted y para cualquiera de mis colegas que solicite mi opinión.

DIRECTOR: Sus colegas, Don Alfonso, no tienen muchas ganas de solicitar sus opiniones inapelables. ¿Sabe cómo le dicen?

DON ALFONSO: Me han llegado algunos rumores.

DIRECTOR: ¿Cómo le dicen?

DON ALFONSO: El... Papa.

DIRECTOR (*riéndose*): Por lo infalible. Por lo infalible. Está bueno, está bueno ese apodo. ¿Hace cuántos?

DON ALFONSO: Catorce, Señor Director.

DIRECTOR: Catorce años y no se ha equivocado ni una vez. Está muy bueno ese apodo. (*Pausa*) Dígame, Don Alfonso. ¿Alguna vez un libro que usted autorizó causó algún escándalo? ¿Y habiendo autorizado más libros que los demás lectores en este edificio, acaso alguno fue denunciado después a la justicia? ¿El Papa? Ojo de Aguila, así le dicen. ¿Cómo lo hace, Don Alfonso? ¿Cómo lo hace?

DON ALFONSO: No basta con ser implacable, Sr. Director. También hay que ser culto.

DIRECTOR: ¿Eso le dice a sus colegas, eh? Tiene suerte de que yo lo esté amparando, Don Alfonso. ¿Supongo que se da cuenta de eso, no?

DON ALFONSO: Si me permite parafrasear a Nietzsche, Sr. Director: Algunos hombres se dan cuenta de todo.

DIRECTOR: ¿Firmes, entonces, Don Alfonso? ¿Firmes como siempre?

DON ALFONSO: Trataré de seguir cumpliendo con las delicadas funciones que se me han encomendado, Sr. Director.

DIRECTOR: Delicadas. Exactamente. Nos encontramos a las puertas de un momento crítico, Don Alfonso. (*El DIRECTOR le señala a IRENE que salga*) Vamos a descubrir quiénes están de veras con nosotros. ¿Entendido, Don Alfonso? ¿Meridianamente?

DON ALFONSO: Meridianamente, Sr. Director.

DIRECTOR: ¿Se acuerda del puesto que le hablé la semana pasada?

DON ALFONSO: ¿El de la Escuela para Entrenar Nuevos Lectores?

DIRECTOR: Tal cual. Con horas revisando nada menos que las noticias en la tele, nada menos que eso. ¿Usted conoce el salario que trae ese puesto, no, Don Alfonso? ¿Usted que odia tanto ese trabajo nocturno de taxista, no?

DON ALFONSO: Lo que pasa es que ahora, Sr. Director, tiene que perdonarme, pero no me alcanza.

DIRECTOR: ¿No le alcanza? Qué extraño. Con la economía andando a todo full. Nunca hemos estado mejor.

DON ALFONSO: Cierto que nunca hemos estado mejor, pero para quienes tenemos, como yo, el gasto educacional de un hijo...

DIRECTOR: SU hijo, claro que sí. ¿Enrique, no es cierto? Sí. ¿Y cómo le va en esos estudios... de medicina, no?

DON ALFONSO: Abogacía.

DIRECTOR: Abogacía. Podría haber jurado que eran de...

DON ALFONSO: Medicina, claro que sí. Estaba pensando en otra persona. Le ruego que me... Pero es un buen muchacho. Usted sabe cómo son los jóvenes, pero es un buen muchacho.

DIRECTOR: ¿Y qué hay de la adhesión de este... muchacho?

DON ALFONSO: ¿La adhesión?

DIRECTOR: ¿No me diga que le está fallando la memoria?

DON ALFONSO: Esa adhesión se la tengo mañana, Sr. Director.

DIRECTOR: Me la había prometido para hoy, Don Alfonso. 687 funcionarios ya han enrolado a sus familias. Amplias familias. Ampulosas familias. Ellos están haciendo méritos, Don Alfonso, méritos.

DON ALFONSO: Le ruego que me perdone la demora. Estoy más ocupado que de costumbre. Ante las señales de una posible transición política, los ciudadanos se han puesto a escribir como malos de la cabeza.

DIRECTOR: Por eso, hay que tener más cuidado que nunca. Los ataques se centran últimamente en nuestra labor. Los enemigos de la patria dicen buscar libertad...
(Pausa) Los enemigos de la patria dicen buscar libertad...

DON ALFONSO (*mecánicamente*): Cuando buscan en realidad el libertinaje.

DIRECTOR: ¡Exacto! (*Casi en un susurro*) Hay que autorizar más, para que no nos acusen de no querer la democracia. (*Toma el manuscrito*) Y hay que autorizar menos, para que no crean que tenemos la mano blanda. ¿Entendido?

DON ALFONSO: Entendido, Sr. Director.

DIRECTOR (*abriendo el manuscrito*): ¿Supongo que no le importa si echo una miradita, no?

DON ALFONSO: Faltaba más.

DIRECTOR: Si insiste. (*Lee*). "Y necesitamos una respuesta. Cuarto capítulo. Los dos hombres entraron a esa pieza como si quisieran adueñarse de ella para siempre. - ¿Así que a ti te parece - dijo uno de ellos -, que es hora de ir a buscarlo? - La respuesta del otro tardó en llegar, como si estuviera transmitiéndose por telégrafo. - ¿Por qué no? - preguntó".

VOZ DEL HOMBRE (*Off*): ¿Por qué no? (*Suben luces extrañas sobre el DIRECTOR y bajan levemente sobre DON ALFONSO. EL HOMBRE entra a la luz del DIRECTOR y se sienta*). ¿Por qué no?

DIRECTOR: Podría ser mañana más bien.

HOMBRE: Hoy, mañana, pasado. Da lo mismo.

DIRECTOR: No creo que al muchacho le dé lo mismo.

HOMBRE: ¿Y si el muchacho no lo tiene?

DIRECTOR: Entonces tendríamos que visitar a su padre, ¿no le parece?

HOMBRE: Pero hoy no.

DIRECTOR: Hoy no. Hoy me siento... me siento tan cómodo acá, sabes.

HOMBRE: YO también. Yo también me siento cómodo. Mejor lo buscamos mañana.

DIRECTOR: Hoy, mañana, pasado. Da lo mismo.

HOMBRE: Pero mejor que sea hoy.

DIRECTOR (*parándose*): Si insiste. (*Sale el HOMBRE. Cambian las luces, el DIRECTOR lee el manuscrito*) Si insiste. (*Pausa*) ¿No está mal este escritorcito, eh? ¿Qué le parece?

DON ALFONSO: Todavía no he leído lo suficiente como para formarme una opinión, Sr. Director.

DIRECTOR: A su edad, no le conviene quedarse sin pega, Don Alfonso.

DON ALFONSO: No tengo la menor intención de cambiar de empleo, Sr. Director. Más bien quisiera optar por este nuevo puesto.

DIRECTOR (*yendo hasta la puerta*): ¡Entrenar a los jóvenes que van a cortar el cáncer de las palabras rebeldes de los libros, revistas y diarios de la nación! Así que firmes, Don Alfonso, ¿eh? No deje pasar ni un suspiro teñido de rojo, mire que nos tienen entre miras. (*Sale*)

DON ALFONSO: Usted me conoce, Sr. Director. (*Se rasca la oreja derecha con la mano izquierda y luego mira la mano, por delante y por detrás, como si la desconociera. Se sienta y mira el manuscrito. Comienza a leer*) "Quinto Capítulo. ¿Y necesitamos una respuesta? Aunque José Córdova no tenía cómo saber que esos dos hombres venían en camino, su reacción automática a la demanda de su hijo fue la de siempre: se cubrió los oídos. Pero Ernesto repitió las palabras, deliberada y quedamente: Y necesitamos una respuesta".

VOZ DE ENRIQUE (*Off*) Y necesitamos una respuesta.

(Entra ENRIQUE, desde otra dirección, y con una luz diferente. No tiene anteojos. Se para al lado del colgador con el bastón).

ENRIQUE: Y necesitamos una respuesta.

DON ALFONSO *(cojeando, cruza hasta ENRIQUE, recogiendo el bastón, cambiando la luz al avanzar)*: Este asunto está cerrado, Ernesto.

ENRIQUE: José Córdova, guardián de los Archivos del Estado. José Córdova, que nunca deja que un pedazo de celuloide se arrugue. Y que nunca ha mirado de cerca ni una de esas fotos tan immaculadas.

DON ALFONSO *(revisando por todas partes, preocupado de que hayan micrófonos)*: Prefiero no saber qué imágenes encierran, Ernesto.

ENRIQUE: Necesitamos esa foto, papá...

DON ALFONSO: Yo soy un hombre responsable. Responsable. ¿Sabes lo que significa eso? Creer que las acciones tienen consecuencias. Creer que pagamos durante muchos años una equivocación que dura menos de diez segundos cometer.

ENRIQUE: ¿Cómo acelerar en una esquina en vez de frenar?

DON ALFONSO: El accidente de tu madre no me lo metes en este baile. De eso no se habla en esta casa.

ENRIQUE: ¿Por qué no? Cada vez que crees que corro un riesgo, me aplicas el freno que tú no le aplicaste al auto.

DON ALFONSO: ¡Basta!

ENRIQUE: Así no se puede vivir, papá, así no se puede. *(Pausa)* ¿Te cuento algo, papá? Yo quisiera estar orgulloso de ti, viejo. Yo quisiera proclamar al mundo: ¡Yo soy hijo de José Córdova! ¿José Córdova? diría la gente asombrada. ¿El que tuvo fe en que todavía no era tarde, que nosotros podíamos ser los dueños de nuestro destino? Sí. Yo soy Ernesto Córdova, yo soy hijo de ese hombre. *(En el fondo del escenario, vuelve la sombra inmóvil de los dos hombres. Ni DON ALFONSO ni ENRIQUE parecen verlos)*

DON ALFONSO: ¿Te crees inmortal, no es cierto? ¿No te das cuenta que en este mismo momento hay quienes pueden estar a punto de golpear a tu puerta?

ENRIQUE: ¿Cómo han estado golpeando a la puerta de tantos inocentes todos estos años? No veo que te inquietes por la suerte de esa gente.

DON ALFONSO: Que se inquieten sus parientes. Cuando yo estaba inválido, cuando yo debí criar en la absoluta soledad a un pequeño, el gobierno me dio trabajo, un puesto de responsabilidad. Y tú me pides que traicione a quienes me dieron amparo para proteger a alguien que ni siquiera conozco, cuyas ideas disparatadas y subversivas, de llevarse a cabo, probablemente hundirían a este país en el caos. ¡Me pides que queme una foto confidencial!

ENRIQUE: Confidencial. Una foto que pone en peligro la seguridad de una persona maravillosa, alguien que ahora mismo buscan para...

DON ALFONSO: ¡No voy a escucharte!

ENRIQUE: ¿Porque si no lo escuchas, puedes hacer de cuenta que no es cierto? Pero es cierto: si no quemas esa foto...

DON ALFONSO (*tapándose los oídos*): No he escuchado nada de lo que acabas de decir. Nada.

ENRIQUE: ...van a liquidar a esa persona.

DON ALFONSO: A mí. A mí me van a liquidar. Nadie me va a defender una vez que se descubra lo que hice.

ENRIQUE: El pueblo...

DON ALFONSO: ¡El pueblo! La oposición amenaza con acciones heroicas y magníficas que nunca se materializan. En este país todo se echa en un saco roto. Antes que pase una semana, tu padre, este José Córdova que te habla, habrá perdido su empleo. Si tiene suerte. Porque más verosímil es que lo detengan. Los mismos tipos que buscan a ese hombre de la foto. Estaremos en el año 8648, pero lo único que ha perfeccionado cada vez más la humanidad son las técnicas para hacer sufrir al prójimo.

ENRIQUE: ¿Así que admites que se tortura?

(DON ALFONSO *se da vuelta, de cara a los dos lejanos hombres. No sabemos si los ha visto o no*)

DON ALFONSO: Yo, jovencito, no admito nada. Pero hay una cosita que quizás quieras admitir tú. *(Pausa)* Alguien falsificó mi firma, Ernesto, en un intento por acceder a esa foto. La verdad, Ernesto. Fuiste tú, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

ENRIQUE: Yo nunca haría algo así.

DON ALFONSO: ¿Quieres decir que ahora ya el fin no justifica los medios? ¿Un cambio repentino en la doctrina?

ENRIQUE: ¿Cómo puedes ser tan cínico?

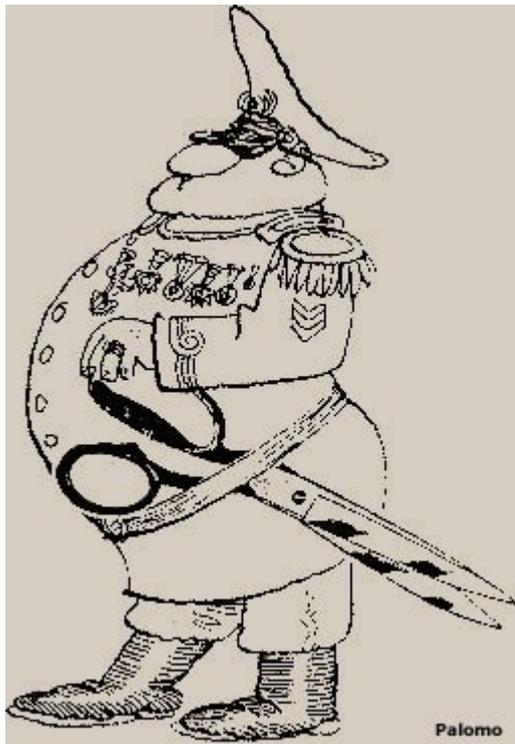
DON ALFONSO: ¿Pregúntame más bien cómo puedo estar tan vivo? ¿Y pregúntate qué le pasa a tus estudios de abogacía si algo me llega a pasar a mí? ¿Has pensado en eso? ¿Vas a venir a pedirme lentes de contacto de color violeta en la cárcel? ¿Eh?

ENRIQUE: ¿De qué estás hablando, papá?

DON ALFONSO *(dejando el bastón, volviendo a su oficina)*: De los lentes de contacto con que tanto has importunado. Para que te veas bonito tocando tu maldita guitarra. Para que escondas todos tus pensamientos detrás de esos ojos falsos. Para que te puedas pichicatear mejor con tus drogas.

(Las luces van bajando sobre ENRIQUE)

ENRIQUE *(casi en Off)*: Pero si yo no uso lentes de contacto, papá. Ni siquiera uso anteojos. Y no toco la guitarra.



DON ALFONSO (*hablando solo*): ¿No usas lentes de contacto? ¿No tocas la guitarra?

VOZ DE ENRIQUE (*off*): Vendrá una mujer, papá. Si no puedo venir yo, vendrá ella para averiguar si cumpliste. En ella puedes confiar, papá.

DON ALFONSO (*frente al manuscrito*): "En ella puedes confiar, papá. Tantas vidas que pueden salvarse. Siempre que nos ayudes."

(Suena el teléfono. Desaparecen los hombres)

ENRIQUE (*en off*): Siempre que nos ayudes.

DON ALFONSO (*no se sabe si está leyendo o si el que habla es él*): Todavía no he dicho mi última palabra. (*Sigue sonando el teléfono, finalmente, contesta*) Don Alfonso Morales... Ah, Bergante. Sí, sí, lo estaba leyendo en este mismo instante. Sí, Bergante, tengo claro que el autor le está haciendo revisiones. En efecto, con un

talento excepcional el muchacho, qué duda cabe, ¿pero tampoco carece de problemas el librito, no?... (ENRIQUE, con anteojos, aparece en la antesala, IRENE le indica que pase. ENRIQUE se asoma. DON ALFONSO lo ve, se sobresalta) Aún no me he formado una opinión definitiva... Mire, Bergante, déjeme terminar el manuscrito. Sí, por cierto que sé que esta versión todavía no está completa, ¿qué le parece si lo llamo mañana? (Cuelga el receptor) Tu puntualidad me asombra, hijo.

(Los dos salen por la puerta, saludan a IRENE)

IRENE: Que pase una linda noche. Don Alfonso.

(Salen de la oficina. Ruido de truenos)

DON ALFONSO: Se me olvidó el paraguas.

ENRIQUE: ¿No te estarás poniendo prehistórico, no?

DON ALFONSO: Siempre exagerando, Enrique.

ENRIQUE: ¿Quieres que te lo vaya a buscar?

DON ALFONSO: Tan vetusto no estoy. Espérame acá. (Va hasta la oficina. Ve a IRENE). Se me olvidó el paraguas.

IRENE: Que es ingenioso usted, Don Alfonso. Se las arregló para volver sin su hijo. (Pausa) ¿Así que...?

DON ALFONSO: ¿Así qué?

IRENE: Estamos de acuerdo con... bueno, donde usted sabe.

DON ALFONSO: ¿Dónde yo sé?

IRENE: Esta noche. Después del taxi.

DON ALFONSO: La persona que usted pondera no ha de faltar ni al sitio ni a la cita.

IRENE: Qué elegancia, qué modo de hablar bonito, Don Alfonso.

DON ALFONSO: Bueno, con su permiso. El paraguas. (Entra a su oficina, va derecho al escritorio y comienza a mirar la parte final del manuscrito. IRENE entra detrás de él)

IRENE: Su paraguas. (Le pasa el paraguas y aprovecha para tomarle la mano, que DON ALFONSO retira) ¡Trampa, trampa!

DON ALFONSO: ¡Explíquese!

IRENE: Te pillé, Alfonso. Siempre me retas porque yo leo en primer lugar el final de una novela, para no sufrir tanto. (Lee por sobre su hombro) «Y fue así que José Córdova se vio en la precisa situación de la que había intentado escapar toda su vida. José Córdova se encontró sin un lugar donde buscar refugio». Bueno, por lo menos, eso no te viene. Tú tienes donde buscar más que refugio.

DON ALFONSO: Este párrafo no se refiere a encantos femeninos. Parece que al hijo de este tal Córdova lo han... bueno, lo tomaron preso y que la única manera de salvar al muchacho es entregar a esos hombres la foto, esa foto tonta que identifica a ese miembro secreto de la resistencia.

IRENE: ¿No dijiste que el padre quemó esa foto?

DON ALFONSO: ¿Que la quemó? Jamás dije nada parecido. No tengo la menor idea lo que el tipejo ese hizo. Y el manuscrito no echa mucha luz sobre el asunto. Termina sin que sepamos... Pero por cierto que si desea auxiliar a su hijo, él... Su hijo. (Pausa) A Enrique lo tengo esperando hace rato, señorita. (Se levanta para irse) Hay, sí, un favor que quisiera pedirle. El teléfono, señorita, la dirección de Alvaro Parada, el autor de esta novela. Si pudiera hacerme el favor de... si los pudiera averiguar, señorita.

IRENE: ¿Y se los traigo... más tarde?

DON ALFONSO: Sí, sí, más tarde.

IRENE: ¿Donde usted sabe?

DON ALFONSO: Sí, mujer, sí, en ese lugar donde yo sé. (IRENE le toma la mano y se la pone en uno de sus pechos)

IRENE: ¿Y esto, Alfonso, cómo se llama?

DON ALFONSO (retirándole la mano): Eso se llama... seno, señorita.

IRENE (susurra en su oído): Teta, mi amor, teta. (Más fuerte) Tan experto que es en palabras, Don Alfonso, y no sabe llamar las cosas por su nombre.

(DON ALFONSO empieza a salir, molesto)

IRENE: Alfonso... (DON ALFONSO se da vuelta) Se te olvidó el paraguas. (Pausa) Y otra cosa más se te olvidó.

DON ALFONSO: ¿Qué cosa?

IRENE: La adhesión de Enrique, mi amor. (DON ALFONSO sale violentamente hasta donde está ENRIQUE)

ENRIQUE: Si tenías que hacer pipí, viejo, me lo podrías haber dicho. ¿O fueron los encantos de la Irenita?

DON ALFONSO: ¡No seas vulgar! Estaba buscando... la dirección de un tal... Alvaro Parada. (Pausa) Alvaro Parada. (Pausa. Abre el paraguas, mira el cielo, lo cierra) ¿Nunca oíste hablar de él?

ENRIQUE: Parada, Parada, Alvaro Pa... no, ni en pelea de perros. ¿Qué es lo que hace?

DON ALFONSO (caminan los dos, DON ALFONSO cojeando levemente): Parece que escribe.

ENRIQUE: ¿En este país? (Se escucha música de rock. La música sigue, ensordecedora, durante el resto de su conversación. Les cuesta hacerse oír)

ENRIQUE (se menea con el ritmo): ¡Sen-sa-cional! La última de Los Transfusores. La maravilla. En este disco sí que se pasaron los jetones... ¿Sabes que a todos los echaron de la Escuela de Medicina?

DON ALFONSO: ¿Seguro que no lo conoces?

ENRIQUE: No tengo la más puta idea.

DON ALFONSO: ¡Tienes que haberle hablado alguna vez! ¡Piensa! En alguna de tus fiestas, un escritor llamado Parada. Le contaste algo sobre mis... mis hábitos, mi apariencia, ¡piénsalo!

ENRIQUE (tan bajo que casi no se puede oír): Yo no le hablo a nadie acerca de ti, papá.

DON ALFONSO: No te escucho bien.

ENRIQUE: ¡A nadie! Nunca le he dicho a nadie nada acerca de ti.

(DON ALFONSO lo arrastra lejos de la música, que comienza a disminuir hasta desaparecer. Aparecen, en el trasfondo, transeúntes lejanos, que pasan y salen del escenario y vuelven a pasar. Son los mismos Helores que han hecho de hombres en las sombras, pero todavía no se les ve el rostro)

DON ALFONSO: ¿A nadie?

ENRIQUE: No. (Larga pausa)

DON ALFONSO: ¿Te da vergüenza? (Pausa) ¿Tanta vergüenza te da lo que yo hago? (Pausa)

ENRIQUE: A mí me da lo mismo.

DON ALFONSO: No me mientas. Sé lo que estás pensando: «Yo lo que quisiera es poder proclamar al mundo, yo soy el hijo de Don Alfonso Morales. Y la gente diría, admirada, ¿Alfonso Morales? El que tuvo fe».

ENRIQUE (parándose bruscamente): No sigas, no sigas.

DON ALFONSO: ¿Es lo que piensas, no?

ENRIQUE: ¿Ahora lees los pensamientos además de los libros?

DON ALFONSO: Esas palabras, se las dijiste a alguien. Admítelo. Admítelo.

ENRIQUE: ¿Pero qué te pasa, viejo? Estás irreconocible. Como si fueras otro.
(Pausa)

DON ALFONSO: Sé con toda precisión quién soy. Tu padre, que exige que le firmes este papelito. (DON ALFONSO le pasa un pedazo de papel. Se iluminan los rostros de dos de los transeúntes. Uno es el HOMBRE, el otro es el Director de Censura, pero con otra ropa. DON ALFONSO no los ve) Hace una semana que me estás haciendo el quite. Me la firmas en el acto. (Larguísima pausa) ¿Estás metido en algo, verdad?

ENRIQUE: ¿Algo? No entiendo.

DON ALFONSO (se rasca la cabeza): Algo significa algo político. No te hagas el ingenuo ¿Estás metido en alguna actividad indeseable, o no?

ENRIQUE: Yo no me meto en nada, viejo. Eso lo sabes demasiado bien. El año pasado cuando se tomaron la Facultad, yo fui uno de los únicos que se abstuvo... para

DON ALFONSO: Para disimular tu vida clandestina, Ernesto

ENRIQUE: ¿Ernesto?

DON ALFONSO: Quiero que sepas que no tendrás madre, pero que la puerta de tu progenitor va a estar siempre abierta. Hagas lo que hagas.

ENRIQUE: Y todo esto porque no quiero firmar una adhesión ridícula. ¿Por eso me convierto en el Che Guevara de repente?

DON ALFONSO: Ernesto Che Guevara. Ernesto. Ernesto.

ENRIQUE: Papá, dime una cosa. Alguna vez, pero dime si una vez en mi vida, viejo te he dicho una mentira.

DON ALFONSO (lo mira durante un largo rato): Tienes razón. Malditos libros. Ya lo dijo el cura en el cuarto capítulo del Quijote. Deberían prohibirse todos. Metiéndome ideas en la cabeza, llenándome de dudas, envenenándome la existencia. (Separa bruscamente) Perdona hijo, este bullicio. Tienes toda la razón. No tengo derecho a dudar de ti Hoy fue un día fatigante.

ENRIQUE: ¿Demasiada lectura? ¿No te estarás convirtiendo en Madame Bovary no?

DON ALFONSO: No es probable, Enrique.

ENRIQUE (leyendo el pedazo de papel): «Y en honor a la Primera Dama de la República denunciamos a todos los cómplices del terrorismo moral, a los testaferros disolventes de la patria y de la familia que se amparan en los bajos fondos del alma de aquellos que en forma recalcitrante e hipócrita, se oponen al progreso del país». Le podría poner música. Los cómplices, yeah, yeah, yeah. Los disolventes, yeah, yeah, yeah. Los recalcitrantes, yeah, yeah, yeah.

DON ALFONSO: Estás dando un espectáculo, Enrique. Todo el mundo nos está mirando

ENRIQUE: Que miren, que miren, que se diviertan un poco. ¿No se están entreteniendo mucho con los libros, no? «El Rock de Los Testaferros», por Enrique y sus boys. (Canta, con melodía de «Que los cumplas feliz») ¡Qué culee, feliz! ¡Que culee, feliz! ¡Que culee la Primera...

DON ALFONSO: Te callas de una vez. (Pausa) No quieres firmar, pero en cambio quieres que te pague tus estudios de Medicina.

ENRIQUE: ¿Qué tienen que ver mis estudios de Medicina?

DON ALFONSO: Sin uno no hay lo otro.

ENRIQUE: ¿Cómo puedes ser tan cínico?

DON ALFONSO: ¿Pregúntame más bien cómo puedo estar tan vivo? Y pregúntate qué le pasa a tus estudios de Medicina si algo me llega a pasar a mí. Has pensado en eso ¿Vas a venir a pedirme lentes de contacto en la cárcel? ¿Eh?

ENRIQUE: ¿Así que ahora te van a poner en la cárcel porque yo no te firmo la adhesión? Has estado leyendo mucha novela melodramática, viejo. Estás peor que don Quijote. (Se va alejando, empiezan a seguirlo el DIRECTOR y el HOMBRE). Peor que don Quijote.

(ENRIQUE va desapareciendo. DON ALFONSO ve al DIRECTOR y se acerca a él)

DON ALFONSO: Sr. Director. Sr. Director. (DON ALFONSO lo toma del brazo, el director se da media vuelta). Sr. Director, no esperaba encontrarlo por acá. Si es por...

DIRECTOR: Parece que se ha equivocado, señor.

DON ALFONSO: Sr. Director...

DIRECTOR: Yo no soy director de un carajo.

DON ALFONSO: Per... perdone. Es que usted es idéntico al... No me haga bromas, Señor Director. Mire que le vamos a tener la adhesión. Mañana mismo... mañana viernes se la...

DIRECTOR: No sé de qué adhesión me está hablando, señor. (Pausa) Suelen suceder. Las confusiones, digo. Suele suceder que me confundan con otra persona. (Sale del escenario, detrás de ENRIQUE. DON ALFONSO para al HOMBRE).

DON ALFONSO: Perdone, señor, pero lo vi con ese caballero y quería saber si acaso no era el Sr. Director de Censura.

HOMBRE: ¿Qué me venís a preguntar? Las preguntas acá las hago yo.

DON ALFONSO: Temo que no entiendo, señor.

HOMBRE: ¿Teme? ¿Teme? Muy saludable. (Pausa) Así es que no te metáis en lo que no te importa. (El HOMBRE empieza a salir por donde salieron ENRIQUE y el DIRECTOR. DON ALFONSO trata de seguirlo) ¿Entendiste, viejo chuchatumadre?

(El HOMBRE sale. Las luces sobre IRENE, en la cama de su dormitorio. DON ALFONSO va caminando hacia el dormitorio de IRENE y entra mientras la voz en off prosigue, se va sacando parte de la ropa, se mete a la cama de IRENE, durando lo que dura la voz)

VOZ DE DON ALFONSO (off): «Y de pronto José Córdova, viendo a esos hombres alejarse bajo la lluvia detrás de Ernesto, se dio cuenta de que no iba a poder defenderlo de los nuevos peligros que lo acechaban porque, a pesar de haberlo acompañado toda su vida, su hijo era un misterio, más remoto que la más remota de las estrellas, más remoto que esa imagen que se reflejaba en los ojos cansados de

su amante, Jacqueline. Y recordó con desgano que tenía cita con ella ese jueves, otra cita con ella a la que no quería acudir y a la que iba a llegar de todas maneras, porque la verdad sea dicha, nuestro amigo José Córdova...»

DON ALFONSO (grita, interrumpe la voz en off): ¡Maldito libro! ¡Maldito libro subversivo! Te voy a prohibir por los tiempos de los tiempos. Te voy a censurar hasta la última frase.

Voz DE DON ALFONSO (off): «...nuestro amigo José Córdova no tenía otro regazo en el cual refugiarse en todo este desolado planeta».

DON ALFONSO: ¿Y? ¿Cómo estuvimos?

IRENE: ¿Estuvimos?

DON ALFONSO: Sí. ¿Cómo anduvo el asunto?

IRENE: Siempre la misma pregunta. El asunto. Ustedes siempre andan buscando probar algo y yo, no sé si otras mujeres, pero a mí me... la verdad es que eso no es lo que me importa.

DON ALFONSO: ¿Así que el asunto anduvo mal? Intuyo que no estuve a la altura de las circunstancias.

IRENE: ¿Sabes lo que encuentro? Encuentro, no sé cómo decírtelo, mi amor, pero te encuentro... raro.

DON ALFONSO: ¿Raro? ¿Tú también?

IRENE: ¿Yo también? ¿Quién más?

DON ALFONSO: Ernesto.

IRENE: ¿Ernesto?

DON ALFONSO: Enrique. No quiso firmar la adhesión. Yo lo acusé de... bueno, fui... injusto con él.

IRENE: También has sido injusto conmigo. Pero yo te perdono. Eso sí que otro día tan nervioso como hoy y te va a dar un ataque al corazón, te lo advierto.

DON ALFONSO: Los nervios no tienen nada que ver con el corazón, mujer. No digas estupideces.

IRENE: Lo leí en el Reader's. No son estupideces.

DON ALFONSO: Estupideces. Mi desempeño no estuvo acertado debido a ese maldito libro.

IRENE: ¿El del Sr. Parada?

DON ALFONSO: Ese es el culpable.

IRENE (triumfalmente): Te tengo la dirección. (Se levanta y va a su cartera) Aquí está. Teléfono no tiene.

DON ALFONSO (recibe el papelito, lo lee): ¿Qué alejado vive, no? Bien no le va a nuestro amigo Parada... Debe tener alguna pega de mala muerte en un diario o hasta por ahí en el plan de empleo mínimo.

IRENE: Parece que gozaras con que le vaya mal.

DON ALFONSO: Sí, ojalá que le vaya pésimo. ¿Con qué derecho va y me inyecta en su porquería de novela? ¿Quién le habrá dado los datos? Tal vez alguno de mis colegas. Le contaron cómo soy yo para crearme problemas, para ver si yo le autorizaba la novela y...

IRENE: Me vas a perdonar, pero eso no tiene ni pies ni cabeza. Si es tan espléndido escritor, no se va a prestar a una jugarreta parecida. Bergante me dijo que era un tipo joven. ¿No será amigo de Enrique?

DON ALFONSO: Enrique no habla de mí con sus amigos. Igual que tú. Soy un secreto.

IRENE: El día en que tú quieras hacer pública nuestra relación...

DON ALFONSO: Ese no es el pacto que hemos suscrito. Tú lo sabes. Yo le juré a mi mujer que yo jamás me...

IRENE: El pacto, el pacto, el pacto. Todo para ti es un contrato y una firma. Lo que pasa es que tú ya no me quieres.

(Bajan las luces sobre los dos y comienzan a tomar la luz que corresponde a la ficción de JOSÉ CÓRDOVA. DON ALFONSO busca el bastón mientras la voz en off habla)

Voz DE DON ALFONSO: «José Córdova escuchó esas palabras de Jacqueline y admitió de pronto que no le tenía ni una pizca de confianza. No podía contarle las actividades de Ernesto. Ni de aquella foto que debía quemar o devolver a la policía para salvar a su hijo. No le tenía ni una pizca de confianza y tan pronto se lo admitió, también tuvo que admitir otras palabras que no se había atrevido a susurrarse en todos estos años: tampoco la quería. Cariño, tal vez; placer, sí; algo de calor contra el invierno que le avanzaba en las entrañas, sin duda. Pero jamás entre ellos había habido un instante sincero, un momento de verdadera paz, en que él le hubiera dicho lo que ahora le dijo»:

DON ALFONSO: Tienes razón, Jacqueline. No te quiero.

IRENE (cruzando hacia la otra luz y espacio): ¿Y ahora me lo vienes a decir, José? ¿Después de todos estos años?

DON ALFONSO: ¿Prefieres que te mienta, Jacqueline? Prefieres que te lo diga en diez años más cuando sea demasiado tarde para que rehagas tu vida?

IRENE: Ahora vas a pretender que lo haces por mi bien, que lo haces porque yo te importo. Pero no te voy a dar esa satisfacción. Eres un traidor, José. Eres un viejo hijo de puta, José Córdova. (IRENE corre hacia su dormitorio, hacia la otra luz)

DON ALFONSO (se rasca la cabeza): Sí. Soy viejo. Y también soy hijo de puta. Y también: no te quiero, Jacqueline. No quiero seguir viviendo de mentiras.

VOZ DE DON ALFONSO (mientras deja el bastón y cruza hacia el dormitorio de IRENE): «... viviendo de mentiras».

IRENE: Tu silencio es elocuente, Alfonso.

DON ALFONSO: El silencio nunca es elocuente, Irene.

IRENE: Necesito, sin embargo, una respuesta. (Pausa)

DON ALFONSO: Pero claro que te quiero. ¿Cómo no te voy a querer?

IRENE: Alfonso. Si no me quieres, prefiero saberlo ahora. Prefiero saberlo mientras pueda rehacer mi vida. No quiero que en diez años...

DON ALFONSO: Mira, Jacqueline, yo no te estoy.

IRENE: ¿Jacqueline? ¿Se llama así, eh?

DON ALFONSO: ¡No se llama así!

IRENE: ¿Entonces cómo se llama?

DON ALFONSO: No estoy viendo a una mujer llamada Jacqueline ni de ninguna otra manera. Te lo puedo jurar, lo que me pasa es que...

(Se escucha desde el segundo nivel, arriba, el sonido de una máquina de escribir. Gradualmente irá divisándose la mera silueta de ALVARO PARADA, escribiendo y los dos hombres en el fondo del escenario sentados. DON ALFONSO los contempla)

DIRECTOR: Lástima, lo del muchacho.

HOMBRE: Es culpa suya. Le dimos la oportunidad de cooperar

DIRECTOR: ¿Pero te digo algo? Tengo la intuición de que esta vez nos estaba diciendo la verdad. No tiene esa foto.

HOMBRE: Siempre está el padre. No se olvide del padre

DON ALFONSO: ¿Yo? ¿Olvidarme del padre?

HOMBRE: Recuerde la última conversación. Todavía no he dicho mi última palabra. Eso es lo que dijo. Así que no podemos estar seguros de 10 que el viejo hizo. Quién sabe si ya la quemó.

DIRECTOR: Quién sabe. (Pausa) Pero también se cubrió los oídos. ¿Recuerdas? Así que por ahí se salvan todavía los dos. Ambos, como quien dice.

HOMBRE: ¿Y la mujer?

DIRECTOR: Siempre que alguien no le haya dado aviso.

HOMBRE: Eso sería... eso sería grave. Eso sí que no lo perdono.

DIRECTOR: Por ahí se salvan los tres

HOMBRE: Por ahí.

DON ALFONSO (se rasca la cabeza): Así no se puede seguir. Vas a creer que estoy loco. Pero sí. Lo voy a hacer. Te digo que sí.

IRENE: ¿Pero de qué estás hablando?

DON ALFONSO: Hoy vi al Director de Censura en la calle. Estaba siguiendo a Enrique. Con otro hombre, lo estaban...

IRENE: Tiene que ser tu imaginación, Alfonso. El Director no anda por la calle, así como así. Anda siempre en auto y con escolta ¿Y para qué va a andar siguiendo a Enrique?

DON ALFONSO: No aguanto más Irenita. Dime algo. Te importaría llegar hoy un poco antes a la oficina. Le dices a quien llame que yo me atrasé leyendo manuscritos.

IRENE: ¿Te vas a encontrar con... la Jacqueline? ¿Ahora mismo? ¿De madrugada?

DON ALFONSO (cruza al otro lado del escenario, mientras las luces bajan sobre ella): No, Irenita, me voy a ir al departamento de ese Alvaro Parada. Voy a pillarlo tempranito, antes que pueda salir. Alguien le está dando a ese hombre información acerca de mi vida. No voy a estar tranquilo hasta que averigüe quién es. ¡Y voy a averiguar cómo termina como termina esa maldita novela!

(Termina DON ALFONSO frente a la puerta de ALVARO PARADA. Las luces bajan sobre los dos hombres y lo dejan solo. Después bajan también las luces sobre DON ALFONSO y la casa de PARADA y hay una oscuridad total)

FIN DEL PRIMER ACTO